



REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

Wickham, Chris: *The Inheritance of Rome. A History of Europe from 400 to 1000*, Londres, Penguin Books, 2009.

Sabrina Soledad Orlowski

Centro de Estudios de Historia Social Europea-UNLP/CONICET
sabrinaorlowski@hotmail.com

Chris Wickham, en *The Inheritance of Rome. A History of Europe from 400 to 1000*, demuestra que la Temprana Edad Media es un campo de estudio legítimo de la historia universal, como ya lo hizo en su obra magistral *Framing the Early Middle Ages*,¹ dejando atrás las antiguas concepciones historiográficas sobre la oscuridad del periodo y su imposibilidad de análisis por falta de fuentes. En veinticuatro capítulos explica la dinámica y evolución sociopolítica, socioeconómica y político-cultural de Europa y el Mediterráneo entre los años 400 y 1000. Su objetivo es presentar a la Temprana Edad Media como un conjunto, observar este periodo que comprende la desintegración de la unidad romana en múltiples entidades políticas como un sistema, en abierta oposición a los enfoques locales plasmados en síntesis regionales o nacionales concordantes con la historia nacionalista.

El volumen está dividido en cuatro partes: la caída del Imperio Romano en Occidente (450-550); las entidades políticas estatales post-romanas de los francos, los visigodos, los

¹ Wickham Chris: *Framing the Early Middle Ages: Europe and the Mediterranean 400-800*, Oxford/ Nueva York, Oxford University Press, 2005.

longobardos y los reinos sin Estado de Gran Bretaña e Irlanda (550-750); las realidades imperiales del este, Bizancio y los califatos árabes y sus sucesores (550-1000); y el mundo carolingio y post-carolingio (750-1000). Wickham presenta un cuadro interpretativo general sobre la transición entre el mundo antiguo y el medieval sin descuidar los procesos a escala regional e incluso local. La metodología empleada a lo largo de la obra es la comparación —metodología defendida por el autor desde hace ya un tiempo—² que consiste en analizar el comportamiento de cada sociedad y ver el desarrollo de cada una ante situaciones y recursos iguales o similares sin descuidar las realidades particulares.

Antes de entrar en los detalles de cada sección, observaremos los rasgos generales de forma y contenido de la obra aquí tratada.

Afortunadamente sus objetivos hacen que estemos frente a una obra ambiciosa. Más ambiciosa aún porque está destinada tanto a los especialistas como al público en general. De hecho, su formato es el de un manual pero con distintos niveles de lectura, lo cual permite introducir al inexperto en este periodo de la historia al tiempo que ciertas afirmaciones pueden generar debate entre los especialistas. Su estilo ameno, sencillo e inteligente hace que las 651 páginas sean leídas con facilidad y ansiedad por descubrir qué más sucede. Los relatos novelados (o en el caso del capítulo 10 la descripción de Santa Sofía) que inician cada capítulo contienen tantas imágenes sensoriales que trasportan al lector a la época que se está relatando, cumpliendo su misión: sentir a la sociedad que se discute e introducir algunas cuestiones que plantean las fuentes (p.13).

Wickham no incorporó notas a pie. Sin embargo, existe por cada capítulo un conjunto de

2 Un primer acercamiento a este problema lo encontramos en Wickham, Chris: "Problems of Comparing Rural Societies in Early Medieval Western Europe", en *Land & Power, Studies in Italian and European Social History, 400-1200*, Londres, British School at Rome, 1994, p. 201 y ss. (versión en español: "Problemas de comparación de sociedades rurales en la Europa occidental de la temprana Edad Media", *Anales de Historia Antigua y Medieval*, Vol. 29, 1996, pp. 45 y ss.). Más severamente en Wickham, Chris: "Tradiciones nacionales y el problema de la comparación", *Anales de Historia Antigua, Medieval y Moderna*, Vol. 40, 2008, pp. 11-24: "Los historiadores europeos que no comparan casi siempre estudian su propio país, y esa atención reconcentrada sobre su espacio crea una Europa —un mundo— de islas, sin relación entre sí, en cada una de las cuales no sólo los patrones del cambio social sino también las preguntas que los historiadores formulan son absolutamente distintivas. Para empeorar las cosas estos aislamientos se corresponden, en casi todos los casos, con teleologías nacionales". Wickham considera esto como un solipsismo cultural (p. 11).

referencias y una importante bibliografía. La decisión de organizar así el aparato crítico responde a la necesidad de presentar un formato destinado a la divulgación. Es mérito del autor haber realizado estas incorporaciones, pues en muchas síntesis destinadas al público general las referencias no existen, lo cual es un problema si se pretende profundizar sobre algún tema tratado o consultar las fuentes primarias.

La intención expresa de Wickham es pensar el periodo 400-1000 en sus propios términos, sin considerar demasiado qué hubo antes o qué vino después. Manifiesta su rechazo a la teleología y repudia que la historia marche hacia un fin último (pp.11-12). Esta declaración debe ser entendida en el marco de su enfrentamiento contra las corrientes historiográficas que buscan en este periodo el origen de la identidad común europea. Sin embargo, en su afán de oponerse a estas corrientes, Wickham crítica la teleología en todo sentido, desconociendo la tradición marxista del concepto expuesta por Lukács.³

Cierto es que gran parte del periodo de tiempo y los escenarios geográficos analizados, la metodología y los lineamientos sobre las sociedades campesinas, el comportamiento aristocrático y las redes de intercambio comercial de este libro se corresponden con lo expuesto en el célebre *Framing*, sin embargo, como un lector avisado detecta, estas son las únicas coincidencias. Es más, sus caracteres generales son tan diferentes que los convierten en volúmenes complementarios.

En *The Inheritance of Rome* existe una narrativa política completa, analizada dentro del contexto social, cultural, ausente en *Framing*. Un lugar destacado posee la historia cultural. En cada sección del libro, que coincide con un sub-periodo de la Temprana Edad Media, un apartado o un capítulo entero está dedicado al análisis de los comportamientos sociales de la aristocracia y (en menor medida y dentro de las posibilidades que brindan las fuentes) el campesinado, la educación de las élites, las prácticas religiosas, el rol de la mujer, el papel de los intelectuales y la importancia de la ceremonia y la propaganda visual analizadas desde la historia del arte y la historia de la arquitectura.

De forma general, Wickham declara que los registros materiales provenientes de las

3 Lukács, Georg: *El joven Hegel y los problemas de la sociedad capitalista*, Barcelona/México, Ediciones Grijalbo, 1970.

excavaciones arqueológicas tensionan los argumentos que sostienen la continuidad —acomodación— de la Antigüedad Tardía en la Temprana Edad Media. Sostiene que es momento de que las interpretaciones históricas puedan conjugar las evidencias, las arqueológicas y las literarias. De hecho, Wickham demuestra que el empleo de una metodología que combina ambos registros permite descorrer el velo que cubre a este periodo.

Dichas estas cuestiones generales, continuaremos con los argumentos centrales del autor.

La primer parte del libro, “The Roman Empire and its Break-up, 400-550”, consta de tres capítulos (2-4). Nuestro autor realiza una descripción de la estructura del aparato estatal del Imperio Romano, observando el funcionamiento de la administración civil, el senado, el sistema legal, el ejército y el sistema fiscal. Wickham sostiene que el funcionamiento del Imperio fue posible gracias al sistema fiscal, basado en el impuesto a la tierra. El fisco mantenía a soldados, burócratas, mensajeros y alimentaba a las ciudades. También conectaba a las regiones imperiales de manera física por el movimiento de las mercancías. En este capítulo el autor también aborda la sociedad política y su cohesión interna debida a la educación de las clases dirigentes y a los valores compartidos. Asimismo, trata los regímenes de propiedad agraria en el este y Occidente, destacando las diferencias existentes. Un lugar importante ocupa el análisis de las redes de distribución comercial a gran escala. Nuestro autor afirma que una vez que el Imperio Romano comenzó a perder su homogeneidad fiscal, es decir, cuando los vándalos ocuparon el norte de África y quebraron la columna Cartago-Roma, el comercio mediterráneo en Occidente involucionó durante dos siglos, más en Oriente el comercio fue tan activo y estable en el 600 como lo era en el 400.

En el siglo V la apremiante situación política derivó en que las élites locales dejasen de confiar en las tradicionales formas de gobierno central y provinciales y buscaran la protección de los nuevos líderes militares de las tribus bárbaras. La estrategia política inepta que adoptaron los dirigentes romanos hundió en una crisis a medio Imperio. Sin embargo, Wickham resalta que la estabilidad previamente verificada no fue ilusoria y muchos de los patrones políticos y sociales permanecieron en la Temprana Edad Media.

El tercer capítulo está dedicado a la cultura y creencias en el universo romano cristiano.

Wickham analiza las innovaciones del cristianismo, como el comportamiento de los ascetas que rompe todas las reglas sociales de Roma, la creación de la ortodoxia (trata en algunas páginas los problemas en torno al donatismo, arrianismo y monofisismo) y la supervivencia de las prácticas paganas dentro del cristianismo, reconociendo distintos niveles de religiosidad cristiana. También trata las ceremonias, las etiquetas y los rituales públicos, destacando su altísima elaboración cuyo objeto era distanciar al emperador del pueblo —a pesar de que el único dios es el cristiano, el Emperador no perdió su estatus de *divinus*—. Realiza una descripción básica de la familia romana y los roles del hombre y la mujer.

Concluye que muchas de las tradiciones culturales y los valores romanos cristianos constituyeron un legado para los siglos posteriores. Considera que las instituciones públicas sobrevivieron como modelo político fundamental para Bizancio y el Califato Árabe. Asimismo, el sentido del poder público, el uso del espacio público y el estilo de gobierno romano pervivieron en los Estados Romanos-Germánicos sucesores. Sin embargo, las continuidades religiosas y culturales no pueden ocultar el importante quiebre de las estructuras estatales, la transformación hacia una economía de intercambios a escala local, el cambio de identidad de las aristocracias (militarización) y su empobrecimiento en términos materiales y la creciente autonomía campesina. A partir del desmoronamiento del Imperio Romano Occidental, cada región siguió su propio desarrollo. Esto lleva al autor a preguntarse por qué las élites bárbaras una vez instaladas en el Imperio no pudieron mantener las estructuras romanas (capítulo 4).

Luego de un largo recuento de los sucesos en torno a las invasiones bárbaras, Wickham analiza qué significan esos avatares políticos. Expone que la tierra, en detrimento del impuesto, pasó a ser el mayor recurso que poseían los reyes para el sostenimiento del ejército. Esto significó un cambio en la base del Estado en Occidente, lo cual constituye el signo más claro de por qué los reinos sucesores no pudieron recrear el Imperio en sus territorios (p.104). Nuestro autor considera que las invasiones fueron el factor determinante que precipitó la caída del Imperio en el oeste; el mismo se mantuvo firme en el este hasta que vivió una crisis similar cuando los persas y luego los árabes tomaron Egipto y el Levante. Esta comparación que realiza ilumina su punto de vista y jerarquiza las incursiones bárbaras como un factor con efecto desestabilizador.

La segunda parte del libro está dedicada al análisis de los reinos del oeste. La fallida conspiración del duque Rauching planeada para destituir al rey Childeberto (575-596) y su sangriento final (Rauching es descubierto y decapitado, y su desnudo cuerpo fue arrojado al patio por una ventana del palacio real) relatados por Gregorio de Tours abren el capítulo dedicado al reino franco (capítulo 5). Este pasaje permite a Wickham destacar el tono violento de los acontecimientos que marcaron la historia política merovingia: rivalidades, competencias y perennes guerras entre los aristócratas. Nuestro autor analiza los avatares en torno al solio real y concluye que a lo largo del siglo VII, y en especial en los primeros años del VIII, la autoridad regia recayó en manos de los *maiores* en detrimento de los reyes merovingios. Otro aspecto que remarca la involución de la autoridad merovingia era su disminuido alcance geográfico; de hecho, Wickham señala que la guerra contra los príncipes semiautónomos fue necesaria para establecer la posterior autoridad carolingia.

Wickham continúa con el análisis de las fuentes de ingreso de los gobernantes: eran dueños de grandes cantidades de tierra, tenían acceso a los peajes impuestos al comercio y a las multas judiciales. Asimismo, controlaban el tesoro regio. En cambio el sistema fiscal, heredado de los romanos, no funcionó sistemáticamente. Los impuestos se fueron convirtiendo en tributos fijos, cobrados en áreas cada vez más pequeñas. Nuestro autor sostiene que esto pudo haber sucedido porque los merovingios no emplearon la moneda como forma de pago a sus ejércitos, pues los mismos eran formados por hombres libres en cumplimiento de sus obligaciones públicas (p. 120). A lo largo del capítulo, deja expuestos los fundamentos políticos desde los cuales los carolingios construyeron su Imperio.

Italia y España son analizadas en el capítulo 6. Luego de un análisis de la historia política del reino visigodo y longobardo y de la caracterización de sus aristocracias, compara estos dos reinos con el franco. Concluye que alrededor del 700 España e Italia poseían un modelo de gobierno tanto o más fuerte que en Francia. Los tres muestran características especiales en su estilo político: los visigodos crearon una fuerte ceremonia real, los francos le dieron importancia a la legitimidad dada por la dinastía y la riqueza de las aristocracias locales y los longobardos formaron complejas redes entre el gobierno central y las provincias. En otros aspectos tuvieron un desarrollo similar: la aristocracia adoptó una identidad militar, el sistema fiscal se fue perdiendo y se consolidó un

sistema político en base al control de la tierra, las cortes regias concentraron la atención de la aristocracia —de hecho, los tres reinos experimentaron periodos de marcada debilidad regia y fragmentación política, pero un gobernador fuerte podía volver a atraer a la aristocracia hacia la corte real—. Por último, los tres reinos entendieron su identidad política en términos étnicos, aunque esto rápidamente perdió importancia. Finaliza asegurando que los Reinos Romano-Germánicos, más allá de las asambleas y el servicio militar de todos los hombres (más teórico que práctico), no tuvieron muchas características específicamente germanas. “Politics, society and culture had moved on from the Roman world, but they can most usefully be understood as products of development from Roman antecedents” (p.149). Con esta afirmación entendemos los motivos por los cuales Wickham no analiza los rasgos culturales de herencia germana y, no está de más decirlo, la elección del título de su obra.

El capítulo 7 trata sobre los reinos sin Estado de Inglaterra e Irlanda. Como ha hecho en los capítulos anteriores, el recuento de la historia política le permite a nuestro autor observar la estructura de la sociedad. En el siglo sexto prevalecen los reinos a pequeña escala, donde los valores militares de lealtad y valentía y la ceremonia del banquete se imponían en los modelos políticos. En el siglo séptimo los reyes de los reinos anglosajones (Mercia, Northumbria, Wessex, East Anglia y Kent) cobraban tributo, pero lo hacían en una escala geográfica muy reducida; sus niveles de riqueza les permitían sostener un pequeño ejército y costear enterramientos soberbios; controlaban tierras que entregaban a la aristocracia en concepto de recompensa. Esto hizo que la figura del rey y la administración del reino fueran simples. Sin embargo, los reinos comenzaron a desarrollarse. Primero se expandieron hacia las tierras más fértiles; segundo, la aristocracia se mantuvo cerca de rey para brindarle su apoyo; y, finalmente, los reinos anglosajones se convirtieron al cristianismo.

En Irlanda la descentralización política fue más marcada que en Inglaterra. Cada reino era identificado con una tribu que poseía estructuras sociales simples. Los reinos más grandes estaban compuestos por una red de grupos de hombres emparentados bajo una relación de clientela que le debían al rey tributo en ganado. Las áreas de control eran muy reducidas y los reyes no tenían la capacidad de expandirse más.

En el capítulo octavo Wickham analiza las pautas de comportamiento de la aristocracia laica y eclesiástica post-imperial. Resalta el papel de los obispos como patrones políticos y espirituales de sus ciudades (obraban milagros y peticionaban frente al rey por alguna suba de los impuestos) y observa la multiplicidad de prácticas religiosas existentes en los reinos cristianos, así como la supervivencia de algunas prácticas paganas. Por otro lado, considera que la adopción de la vida militar y la expansión de los valores masculinos clásicos (honor, lealtad y valentía) por parte de la aristocracia laica fue el cambio más radical en términos político culturales.

Si en el capítulo octavo el eje es la aristocracia, el noveno se centra en los campesinos y su vinculación con la estructura económica de la Temprana Edad Media. Las consideraciones que brinda Wickham sobre los campesinos coinciden con lo detallado en *Framing*. Lo curioso de este capítulo es la omisión de la categoría de análisis “modo de producción campesino” o “sociedades de base campesinas”, conceptos empleados por el autor en otras de sus obras y muy difundidos entre los estudiosos, tanto que la revista *Historical Materialism* le dedicó un dossier.⁴ Luego de la caracterización de las aldeas, donde se distingue el papel de los hombres libres y su vinculación con el poder político, Wickham analiza los niveles de riqueza y los intercambios de forma general. Concluye que la producción de bienes artesanales se simplificó a causa de la constante caída de la demanda, de relación proporcionalmente directa con los menores niveles de riqueza de los Estados y la aristocracia. La clave económica de este periodo la encontramos en que los trabajos agrícolas eran realizados por tenentes (libres o no libres) que pagaban renta; este sistema de extracción del excedente, más simple y flexible que las plantaciones de esclavos, permitía a los campesinos mayor autonomía.

El capítulo 10, “The Power of the Visual: Material Culture and Display from Imperial Rome to the Carolingians”, tiene el propósito de analizar el uso de la cultura material, en especial la arquitectura, por parte de las distintas sociedades tratadas en el libro que aquí se comenta. Analiza la basílica de Santa Sofía, la Gran Mezquita de Damasco, el palacio de Yeavinger en Northumbria y la iglesia de Santa Prassede de Roma y los palacios francos y diferentes aldeas de Occidente. Luego de la exposición, concluye que las inversiones hechas en las construcciones

4 *Historical Materialism: Research in Critical Marxist Theory*, Vol. 19, No. 1, 2011, con contribuciones de John Haldon, Neil Davidson, Chris Harman, Jairus Banaji, Kelvin Knight, John Moreland y Carlos Astarita.

tuvieron como objetivo impresionar, establecer las jerarquías de estatus y de poder y tal vez provocar miedo y sumisión (p. 249).

Los Estados del este entre el 550 y el 1000 constituyen el objeto de estudio de la tercer parte del libro (capítulos 11-15). El este romano vivió una crisis en el siglo VII (que significó la pérdida del control sobre vastas regiones agrícolas y ricas, como Egipto) provocada, principalmente, por la expansión árabe y las guerras contra las otras entidades políticas vecinas (búlgaros, eslavos y persas). La sociedad y los actores políticos se volcaron al Estado bizantino para sobrevivir al periodo crítico. Ante las amenazas provenientes del exterior el Estado bizantino, bajo la dinastía heracliana (610-711), puso en marcha una serie de fuertes transformaciones en la organización fiscal, política y militar. Como resultado, en Bizancio hubo prosperidad, un renovado desarrollo de la ceremonia política, una muy elaborada cultura cortesana, una elevada educación de las élites y un control militar de las fronteras.

El estudio del mundo árabe comienza con su expansión y posterior asentamiento y organización como Estado. Wickham considera indispensable su análisis pues, en primer lugar, los árabes a su paso sacuden el Oriente romano, finalizando con su pretensión de dominar el Mediterráneo y, en segundo lugar, fuerzan a Bizancio a reinventarse, como ya se ha visto. Además, los califatos conservaron con éxito las estructuras heredadas de Roma. Los árabes mantuvieron a sus ejércitos en las ciudades, remunerados con moneda proveniente de los cobros de impuestos a la tierra. Estas decisiones hicieron que exista una separación estructural entre el ejército pago y el resto de la sociedad civil y que el sistema fiscal no caiga en desuso. Existió asimismo una separación étnica entre la élite dominante árabe y el resto de las poblaciones locales conquistadas. Fueron las entidades políticas más ricas y poderosas del mundo post-imperial, tanto que en el periodo Abasí y posterior, Bagdad fue un centro cultural de dimensiones inconmensurables (p. 324). Luego del quiebre del Califato Abasí, los Estados sucesores mantuvieron los mismos principios organizativos.

En el este, tanto en Bizancio como en el mundo árabe, la fiscalidad pública tuvo un peso importantísimo, mientras que la posesión de la tierra impactó de manera casi inexistente en la conformación de los sistemas de dominio. Asimismo, las redes de intercambios comerciales (tanto

de bienes de lujos como de comida y artesanías) tuvieron el impulso de los Estados y las ricas élites.

La cuarta parte del libro (capítulos 16-22) tiene como eje central el Imperio Carolingio y el mundo post-carolingio. Con gran detalle Wickham explica las bases de la construcción política carolingia, cómo los sucesores de Pipino combinaron la acción militar con los rituales religiosos y el uso de los elementos de poder público para consolidar un Imperio de gran dimensión territorial. El gobierno de los carolingios se basaba en la comunicación entre la aristocracia y el edificio gubernamental estatal controlado por el Emperador. Ante la falta de un consolidado y complejo sistema fiscal y administrativo, las asambleas políticas, el ejército, la corte imperial (donde se concurría en busca de justicia, por ejemplo) y el intercambio de regalos como política de participación fueron los elementos que permitieron controlar los vastos territorios del Imperio. El poder de la figura central, su carisma, tiene para Wickham un papel fundamental en el sistema carolingio. De hecho, la sucesión de emperadores débiles llevó a que las contradicciones existentes en el sistema (poder estatal y poder privado de la aristocracia) se magnifiquen y la acción imperial a escala local se diluya en favor de la aristocracia, que ganó mayor autonomía con respecto al poder regio e impulsó sus políticas señoriales. La caída de los principios del poder público terminó de inclinar la balanza a favor de la aristocracia. Hacia el siglo X, las familias comitales lograban poco a poco fortalecer su hegemonía local consolidando sus patrimonios y sus prerrogativas señoriales.

Llegando al final, la obra completa permite trazar paralelos y buscar diferencias entre las tres grandes entidades estatales de la Temprana Edad Media (Bizancio, los Califatos árabes y el Imperio Carolingio), aunque esta comparación no puede ser completa porque Wickham excluye el problema de los modos de producción. Nos preguntamos si la causa de dicha ausencia es el carácter de divulgación de *The Inheritance of Rome*. Ante esto debemos reflexionar sobre los contenidos que son aptos para todos los públicos y cuáles no. Nosotros creemos que la falta de discusión sobre este problema hace que la obra pierda un eje primordial en el entendimiento de la transición, punto central del periodo temprano medieval.

Luego del análisis hecho, no queda mucho que decir. Solo que después de este libro (y por supuesto de *Framing*) seguir utilizando el epíteto “época oscura” como categoría aplicable a la Temprana Edad Media es totalmente incorrecto y desafortunado. Más allá de la observación hecha arriba, sin duda alguna *The Inheritance of Rome* es una puerta de entrada para estudiar la Temprana Edad Media en todos sus aspectos más relevantes. Esperamos su pronta traducción al castellano.